

UNA NOVELA EN 7 DIAS

El hijo del COLUMPIO



Enrique Vila-Matas



Tanto la historia como su autor, Enrique Vila Matas, son inclassificables. Teórico de la literatura portátil (combinación de hallazgos de la imaginación, humor refinado y literatura), Vila Matas ha firmado ya varias novelas: "Al sur de los párpados" y "Suidicios ejemplares", entre otras.

1

Un empleado de mi padre, que trabaja en un despacho muy próximo al mío —un hombre que aquí es tenido por la persona más aburrida y también la más normal y corriente del mundo—, tuvo la mala suerte, cuando era joven —nunca ha contado otra historia, por lo que en la oficina todos piensan que no tiene otras—, de que le enviaran a Melilla a hacer el servicio militar, y allí vivió una historia, para él excepcional, que no se cansa de repetirnos, como si nunca le hubiera pasado otra cosa en la vida.

Le tocó Melilla y parece que, lejos de amargarse, el Soldado Desconocido (voy a llamarle así porque el hombre tiene un apellido impresentable, tan raro como sencillamente ridículo, Parikitu, un apellido que, según él, es de origen checo y que yo creo que, además de horrible —que es periquito en catalán—, ha condicionado toda su vida) pensó que no hay mal que por bien no venga y que tal vez el viaje a Melilla podía estar ofreciéndole la posibilidad de vivir una apasionada historia de amor al estilo de la que tanto había admirado en la película "Morocco", en cuya escena final Marlene Dietrich, que hasta entonces había sido en el cine una devoradora de hombres, arrojaba sus lujosos zapatos para correr tras el apuesto legionario Gary Cooper y compartir con él, como una humilde beduina, los riesgos y penalidades del desierto.

Así pensaba Soldado —voy a llamarle así para abreviar— cuando con admirable optimismo marchó hacia Melilla, convencido de que, lejos de la sombría oficina de mi padre —hace ya cuarenta años que trabaja para él y, por tanto, a nadie extrañará si digo que este esclavo se jubila dentro de cuatro días—, le esperaba una historia de amor en la que una bella y arrogante mujer acabaría mordiendo el polvo del desierto por él. Pero nada más llegar a Melilla, tras una alucinante travesía en barco, comprendió que nada bueno podía esperarle en aquella ciudad de todos los demonios. Ya el trayecto marítimo entre Almería y Melilla le instruyó, con la máxima claridad, acerca de las notables diferencias que hay entre una película y la vida, entre el cine y el ejército español. Fue un viaje tranquilo y agitado al mismo tiempo. Tranquilo porque Soldado fue el único de todo el pasaje que tomó unas pastillas contra el mareo y quedó en estado de perfecta beatitud y bienestar interno, sólo alterado por la abstracta repugnancia que despertaba en él la contemplación de lo que sucedía a su alrededor, es decir, la visión de la anárquica sucesión de vomitonas tanto de oficiales como de soldadesca a lo largo de una inolvidable noche en la que le resultó imposible conciliar el sueño, entretenido como quedó con la película muda que tan amablemente le brindaron los vomitadores (las pastillas le habían dejado muy feliz, pero también sordo) y que, espectáculo aparte, constituyó un desalentador prólogo para la otra película, la que supuestamente le estaba aguardando en Melilla, en el reino de Morocco.

Al llegar a esa ciudad quedó sobrecogido, al borde casi de la desesperación, cuando vio, poco antes de desembarcar, a una especie de legionarios (nada que ver con Gary Cooper) o, mejor dicho, a una especie de piltrafas humanas, calvos y sin dientes, que se estaban esforzando en darles la bienvenida tocando música castiza con unas trompetas como de feria que, de vez en cuando, lanzaban al aire para recuperarlas luego en pleno vuelo y proseguir, como si tal cosa, interpretando "España cañí".

Soldado comprendió en seguida que estaba perdido. Por si fuera poco, cada piltrafa legionaria había tenido el detalle de presentarse en el puerto llevando, a modo de dama de compañía, no a Marlene Dietrich sino a una cabra, probablemente montesa, engalanada, vestida de riguroso domingo. Una cabra, se dijo Soldado, y comenzó a pensar en cómo lo haría para escapar de allí. El despa-

cho de mi padre debió parecerle en aquel momento una auténtica maravilla.

Una cabra, se dijo Soldado, perfectamente confundido y aterrado. Y aquello le dio una idea. En los días siguientes se dedicó a simular que estaba como una cabra, como una cabra de día festivo, como queriendo indicar que no estaba para los días laborables. Comenzó a comer pequeñas pero llamativas locuras cotidianas —dar patadas al culo de los moros que registraba en la frontera, por ejemplo— y fue así preparándose el terreno para una premeditada (y muy dolorosa para él, porque era persona muy cabal) gran exhibición final de demencia en estado puro que, como mínimo, si no le expulsaban del ejército, había de permitirle el ingreso en una especie de balneario con jardín francés —el manicomio militar de Melilla— y evadirse así, el mayor tiempo que le fuera posible, del largo periodo de instrucción que le aguardaba; evadirse de esa pesadilla de cuartel al que llamaban Regimiento de Ingenieros y donde se veía obligado todas las mañanas al agotador ejercicio de arrimar su fusil al hombro.

Ya se había ganado cierta fama de loco cuando, tras aumentar el ritmo de las patadas al culo de los moros fronterizos, decidió que había llegado el día adecuado para montar su espectacular número de demencia total. Se levantó ese día una hora antes que todo el mundo y, escondido en el palomar del cuartel, mezcló varias pastillas contra el mareo con una botella entera de Pernod y fumó abundante "kif", de modo que, cuando llegó la hora de la instrucción militar, no le hizo falta simular que estaba loco, porque lo estaba. Sumido en un estado de singular demencia, no le costó el menor esfuerzo, ya en plena instrucción, imitar los graznidos de un cuervo y arrojar su fusil contra un zapador que se dirigía cantando hacia su humilde zanja de todos los días.

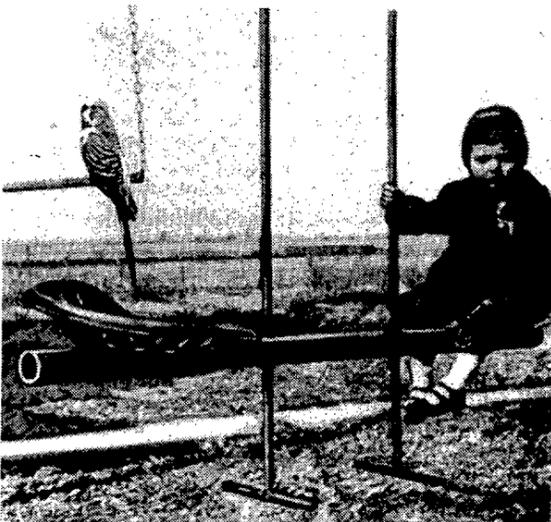
Hubo consternación general. Cejas en alto, ojos vagabundos, tanto del capitán de la compañía como de los afligidos compañeros.

—¡Pacaritu! —le gritó indignado el capitán.

—Parikitu —rectificó dulcemente Soldado, riendo con una extraña amargura, una angustia de carcamal; y era como si existiera una misteriosa relación entre su difícil apellido checo y la locura.

—Bueno, eso. Parikitu. Ahora mismo me recoge ese fusil —le dijo un confundido capitán.

Entonces, vocalizando lenta y serenamente, Soldado pronunció la frase —bien sencilla, por otra parte— que



ÁNGEL JOVE

tantas veces antes había estudiado y ensayado ante un espejo:

—Señor, señor. Ay, señor. Estoy loco.

Y dio un paso al frente. El capitán dio dos, avanzó directamente hacia él, le miró a los ojos, escrutó la enfermedad mental del recluta, acabó sentenciando:

—Nunca los locos dicen que lo están.

—Porque no lo están tanto como yo —contestó con cierta altivez, y no tardó en darse cuenta de que podría haberse ahorrado aquella actitud y aquella respuesta apresurada y nada ensayada ante el espejo.

Bajó entonces con humildad los ojos y, de pronto, casi en forma de milagro, acudió en su auxilio un extraño temblor que recorrió todo su cuerpo al tiempo que también le llegaba una no menos extraña frase que le pareció muy inspirada, aún sin saber por qué lo era, pues en realidad no la comprendía en absoluto, lo que le hizo derramar, dentro de su locura verdadera, las más sinceras y convincentes lágrimas al pronunciarla:

—Todos conocemos Hong Kong.

Inspirada o no, hubo algo muy conmovedor y convincente en la frase misma o en el modo de temblar o, simplemente, en la forma de decirla, y lo cierto es que no tardaron en conducir a Soldado al Hospital Militar, al llamado Pabellón de los Locos, y allí le dejaron al cuidado de un alférez que estudiaba psiquiatría y de una monja

que le ofreció unas galletas. Cuando éstos le invitaron a entrar en el pabellón, se negó. Ya casi no notaba los efectos de la explosiva mezcla, pero hizo como que seguía loco, pues sabía que, si no lo hacía así, corría el riesgo de que en cualquier momento le devolvieran al cuartel. Optaron por dejarle allí, en la puerta del pabellón y se despidieron de él, no sin avisarle de que volverían.

—Adiós —le dijo la monja ofreciéndole su última galleta—. Te me quedas quieto aquí, bien quietecito al sol. Y cuando te canses de estar en la puerta, no te olvides de que ahí dentro está tu nueva casa y tu nueva familia. Verás qué simpáticos son todos tus nuevos amigos, ya verás.

Soldado se preguntó si aquella monja, que hablaba de una forma tan rara, no estaría más loca que los locos a los que cuidaba.

—Adiós —le dijo el alférez—. Dentro de un rato volveré por aquí, y tal vez tú y yo podamos tener una buena conversación, ¿no te parece?

Soldado, en su papel de loco, decidió contestar y de paso sorprender al futuro psiquiatra.

—Adiós a la mosca más burra de las dos —le dijo, aprovechando que tenía que apartar una mosca que se había posado en su nariz.

Se marcharon mirándole extrañados, de reojo, con verdadera desconfianza. Adiós, monja y alférez, y que os zumben los oídos en el infierno, pensó Soldado. Y se quedó allí al sol, encantado de la vida, en un perfecto mediodía africano, mirando al mar que se dibujaba más allá de las palmeras y del espléndido jardín francés.

A media tarde decidió dar una inspección a su nuevo hogar, y vio que eran cinco, tan sólo cinco, los locos allí recluidos. Cinco individuos de miradas feroces que, cuando le vieron entrar, cambiaron inmediatamente de aspecto y se agruparon en torno a la ventana del fondo del pabellón, para quedarse mirando con una forzada y falsa melancolía el muro de un breve callejón sin salida.

Menuda pandilla de simuladores esta agrupación de locos y malhechores, pensó Soldado. Pero poco después ya vio que de agrupación no tenían nada. Del mismo modo que la locura tiende siempre a lo diferente, no tardaron ellos en alejarse de la ventana y, dejando de formar un grupo aparentemente compacto, volvieron a las miradas feroces mientras se dispersaban haciendo honor a su condición de almas errantes.

Un tal Ginebra fue el que más llamó inicialmente la atención de Soldado. Era un sargento de la Legión que tenía más de cincuenta años y cuyo apodofo etílico procedía de su vieja costumbre de mezclar leche con ginebra y beber seis o siete litros diarios de este singular y delirante brebaje que él había inventado. Este hombre llevaba siempre seis relojes —tres en cada muñeca— y los paseaba todo el día por el interior del pabellón, del que no se movía ni para tomar el aire del jardín francés, y eso a pesar de que todas las mañanas saludaba entusiasmado la llegada de un nuevo día, pues al oír la campanilla con que la monja anunciaba el desayuno, comentaba en voz alta lo maravillosa que le parecía la luz del día, y lo hacía siempre con las mismas palabras:

—Hermosa mañana. Y buenos días tenga usted.

Esto último se lo decía exclusivamente a sí mismo; lo anterior iba dirigido a todo el pabellón. Daba igual que hiciera calor o frío, que hubiera sol o estuviera nublado el cielo de Melilla. Siempre decía lo mismo y a continuación se incorporaba en la cama y, mientras la monja y una joven marroquí muy flaca servían los desayunos, consultaba solemnemente la hora en sus relojes.

—Veamos qué hora es.

Y se quedaba mirando extasiado sus seis relojes sin minuterías.

Soldado despertaba cada mañana —lo sé absolutamente todo, como muy bien puede apreciarse— entre los relojes de Ginebra y las ocurrencias de un gallego llamado Senén, que era un refinado escritor de mensajes breves y perversos, que solían aparecer camuflados entre las galletas y el vaso de leche del desayuno que puntualmente era servido por la monja y su flaca ayudante marroquí.

Y bien, estoy pensando que quien haya llegado hasta aquí debe estar preguntándose cómo es que conozco hasta los más insignificantes detalles de esta historia. Pues bien, la respuesta es bien sencilla. Me conozco esta historia melillense de memoria porque cientos de veces he tenido que oír en la oficina, y eso me permite no sólo reconstruirla con la máxima precisión sino incluso mejorarla, pues la verdad es que la cuento —y perdón por la inmodestia— infinitamente mejor que este esclavo de mi padre, de quien hasta no hace mucho yo creía —y aquí todos en la oficina lo siguen creyendo— que carecía de otras historias y que por eso el muy infeliz nos contaba siempre la misma.

¿Y por qué me esfuerzo yo en reconstruirla y mejorarla? Pues es bien sencillo. Porque ahora soy yo, desde esa maldita cena de matrimonios del otro día, el que ha quedado —y motivos me sobran para ello— obsesionado con la historia de Melilla.

CONTINUARÁ MAÑANA

Fue un viaje tranquilo y agitado al mismo tiempo. Tranquilo porque Soldado fue el único de todo el pasaje que tomó unas pastillas contra el mareo y quedó en estado de perfecta beatitud y bienestar interno, sólo alterado por la abstracta repugnancia que despertaba en él la contemplación de la anárquica sucesión de vomitonas